



BIBLIOTECA



1020040032

ACTO
P33
1913

Queda asegurada legalmente la propiedad
literaria.

Núm. Clas. _____
 Núm. Autor _____
 Núm. Adg. 33667
 Procedencia _____
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó _____
 Catalogó _____

LA PRIMERA EN LA FRENTE.....

En el pecado llevas la penitencia, lector amigo.

El *pecado* consiste en haber acogido tan benevolamente la primera sarta de estos disparatados artículos, que antes de un mes de haber salido á luz, no me quedaba un ejemplar, ni para remedio.

Y la *penitencia* es lo que miras: este segundo timo literario, —baratito pero traicionero— que nace á la vida con la esperanza de alcanzar acogida tan lisonjera como su hermano mayor.

Bien quisiera en estas líneas de saludo, que van á guisa de prólogo, hablarte de la íntima satisfacción que se experimenta cuando, siendo papá de un libro, sea cual fuere, suena el teléfono:

—¿Quién habla....?

—Diga Ud.....

—No queda un solo ejemplar, señor. Siento muchísimo no poder complacerlo!

“¡Siento muchísimo....!” Mentira! Alegría y muy grande es la que se siente, de no poder complacer á aquel buen señor que pide para su librería, aunque sean unos cuantos ejemplares del libro.....cuya edición se ha agotado!

¡Y cuántas veces pasa uno y repasa por frente al escaparate donde se exhiben los flamantes ejemplares del propio libro, lanzándoles *flechadas* amorosas, que hacen pensar en los coquetos de los 20 años!

Y si por casualidad se encuentra en la calle á algún prójimo con el libro en las manos, acabadito de comprar, se dice para los adentros: “*He ahí un hombre inteligente*” aunque á buena hora resulte ser un criado—como son el cien por ciento de nuestros criados—que no sepa leer ni escribir!

*

Me veo tentado, —lector amigo—á decirte que mi libro nada vale: que son artículos escritos á la ligera, sin meditación ni pulimento, y solo para vivir la efímera vida de los artículos de periódico.....

Pero estas y otras disculpas quiero omitir, por no caer en el ridículo de las cursis muchachas de barrio—que no otra cosa venimos á ser (mal comparados) los oscuros periodistas de provincia.

Habrás visto, lector, que esos bailecitos de *día de Santo*,—celebrados en un arrabal, con el concurso de todas las muchachas del barrio y algunos tiperetes de cabeza relamida, cuello hasta las orejas, choclo bayo y calcetín verde,—suelen ser interrumpidos por un número de concierto.

—Sí, Esthercita: cántenos algo, lo que usted quiera.....

—Anda Esther: canta alguna cosa, no te hagas faceta,—le dice la amiga de confianza.

Esther, entre tanto, que se cree una mirla en eso del *cante*, se hace del rogar, pidiendo á Dios que la obliguen!

Al fin, en medio de aplausos, del brazo de su trovante, se levanta, y se pára al lado del *máistro* que dirige el quinteto, que es de cuatro músicos porque al de la flauta *ya se le cansó el caballo!*

Y en abierta competencia de desafinación con la orquesta, Esthercita canta la *Perjura*, en medio del alboroto y entusiasmo de la concurrencia!

Y cuando todos la rodean y la aplauden, y su cursi novio, con un vaso de ponche en la mano le dice enloquecido:

—Canta Ud. como una ruiseñora!

Ella contesta, colorada de vergüenza:

—Ande.....ni me diga eso: si estoy rete ronca!

A cualquiera le ocurre pensar: si estando ronca gana tantos aplausos, ¿qué sería si estuviera buena y sana.....!

Pero no. Es una inocente mentira. Esthercita no está ronca; pero hay veces en que la modestia se nos voltea al revés.

Pues bien, lector amigo: por no parecerme á Esthercita no quiero darte disculpas de mis disparates.

Júzgalos como quieras.

Solamente me permitió suplicarte, que antes de lanzar el veredicto fulminante, consultes con el bolsillo,—que es el *Ministro de Hacienda* en esa pequeña república llamada *individuo*—y ya verás como en gracia de la baratura, te dirá al oído: "*Júzgalo con benevolencia.*"

Y si ni eso alcanzo, con que lo compres me basta.

KASKABEL.



BIBLIOTECA FANFARRONADAS TAPATIAS

Es cosa bien sabida que, si no en el planeta, sí al menos en México, la gente más *pretenciosa* es la que tiene el ombligo enterrado en Guadalajara y que lleva el *alias* de tapatío.

El tapatío creé que su tierra es el acabóse de la gracia, la última palabra de la civilización, lo *non plus ultra* de la belleza y del primor. "Fuera de Guadalajara, todo son "*Las Juntas*", como dicen los paisanos, lo cual significa que de la Republicuita esta que dizque libertó Hidalgo, sólo Guadalajara es aceptable como ciudad decente.

Todos sabemos que á Guadalajara se le llama, según la ocasión, la *Atenas* y la *Andalucía* de México: lo de *Atenas* por ser el semillero de los hombres sabios é ilustres. Lo de *Andalucía* por aquello de que dizque las tapatías son el tipo de gracia y de belleza, sueño y anhelo de las juventudes hambrientas de amor!

Efectivamente: para los tapatíos cada edificio es un palacio, cada letrado un pozo de ciencia, cada mono una estatua, cada *pegoste* un monumento; las mujeres, sin exceptuar las tuertas y cucarachas (que también las hay y son *tapatías*) tienen por fuerza que ser bellas y graciosas!

Para nosotros, Panduro es un Miguel Angel; Ferruco—si hablara—, sería un Demóstenes; Agredano es un Rochefort; Brambila y Sánchez un Marco Tulio; "*El Biróte*" es un Cúchares; la Solano nuestra Sara Bernhard y Nieves Sánchez, algo más que Díaz de Mendoza.

Pepa, la *aguafresquera* del portal, tiene escrito en sus tarjetas particulares "*Profesora en refrescos*", sin que haya podido hasta hoy investigarse en qué Universidad obtuvo el título!

Tengo yo un buen amigo,—á quien ustedes también conocen,— que toca violín (con cuerdas) y que posee un caballo al cual ha puesto por nombre *Bethoven*. ¡Quién iba á decirle á Bethoven que un violinista *tapatío* lo iba á cabalgar en el lomo, para tomar el fresco en estos húmedos amaneceres de Junio!

Y es que en Guadalajara todo es así; grandioso, imponente, gigantesco! Hay quien crea que los alcatraces que tiene por torres la Catedral son de más hermosa arquitectura que las torres de la Catedral de París.

En cuanto al *Palacio Arzobispal*. . . .! Qué palacio! Comenzaron por pintarlo de un color. . . .fétido, y no ha recibido más reformas, desde que se hizo, que cambiarle la puerta apollillada que antes tenía, la cual, no obstante ser *obra de arte*, fué vendida á nueve pesos tonelada! A pesar de todo, se le llama Palacio!

¡Hombres, mujeres, edificios. . . . todo es sobrenatural en esta bendita tierra de promisión!

Por esto es que cuando se trató de poner en la Biblioteca los retratos de *hombres ilustres*, se tupieron, que no hallaban por cual comenzar. En un momento se tapizaron las paredes, habiendo necesidad de colgarlos hasta del techo y de la punta de los plumeros; y otros, los más humildes, quedaron provisionalmente en el suelo! Los pintores fueron contratados á destajo, comprometiéndose á entregar *una docena de hombres ilustres* cada semana, y no se daban á basto! Dicho está que por la premura del tiempo salieron unos tan parecidos, que hubo necesidad de ponerles abajo el nombre y apellido, para que no los confundan con *mantequilla*, que es el más ilustre de nuestros briagos.

Por esto también, al siguiente día de que se instaló el *Ate-neo*, había más de doscientos socios activos, algunos de ellos también pasivos, y otros tantos concurrentes! Hay plétora de hombres ilustres!

¡Bendita tierra Guadalajara, donde las mujeres no saben freir frijolés, pero sí hilvanar disparates en las columnas de los periódicos.



¿FELIZ AÑO NUEVO. . . .?

He aquí una de las muchas mentiras, una de las incontables hipocrecías sociales que viven en el mundo, Dios sabe desde cuando!

¡*Feliz Año!* Es una frase de clisé que pronunciamos sin reflexionar siquiera lo que significa. Es una obligación, un sistema, del cual no podemos prescindir.

De todos aquellos á los cuales deseamos *feliz año*, á un cincuenta por ciento no se lo deseamos ni bueno ni malo. . . . y al otro cincuenta por ciento se lo deseamos lo más lleno de calamidades que sea posible.

En efecto: del número de nuestros amigos, apenas habrá algunos cuya salud nos interese y cuyo bienestar nos alegre. Pero todos los demás, nos importa un demonio que sufran ó sean felices, se enriquezcan ó se arruinen!

Y no obstante, cuando llega Enero, todos nos decimos de palabra ó por escrito: ¡*Feliz año!* pero sin volver á preguntar después si aquel pobre amigo está enfermo, ó si necesita dinero, ó consejos. ¡Nada!

Apenas los séres de nuestra familia son los que nos importa que estén buenos. Y aun en esto hay una fuerte dosis de egoísmo.

Porque si les deseamos salud y bienestar es porque son de nuestra propia familia, porque son parte de los nuestros, porque sus males nos apesadumbrarían. . . . y no queremos estar tristes! Defendemos, pues, nuestra alegría y tranquilidad, deseando salud y prosperidad á nuestra propia familia.

Hay otros que en las felicitaciones de *año nuevo* no los guía sino el cursi y ridículo prurito de hacer correr su nombre impreso en unos pedazos de cartulina!

¡Qué más les dá que sean ó no sean felices los amigos! Lo importante es que su tarjeta esté allí, revuelta en la mesa de la sala, entre un mar de tarjetas pomadosas de gente rica!

No hay que creer, pues, en las famosas *felicitaciones de año nuevo*.

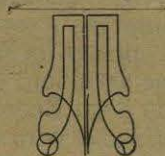
¡Fórmula social y nada mas!

El egoísmo humano, que es y será eterno en el mundo, hace imposibles esos deseos universales de bien y de dicha.

Por mi parte, exceptuando los míos, muy poco me importa que los demás sean ó no sean felices!

Pero como llevo dicho: es una exigencia social y hay que terminar con la sacramental frase:

«¡FELIZ AÑO!»



LOS MATRIMONIOS FELICES

“*Caras vemos, corazones no sabemos*” dice el adagio. Y, como todo lo que los adagios dicen, es este un evangelio chiquito, de una luz más clara que un foco de arco.

¿No habeis tropezado alguna vez, en la calle, en un tranvía, al pasear por un jardín, al entrar en un teatro, con una de esas parejas de casados que parecen destilar felicidad, como destila miel un durazno en conserva?

Muy juntitos, muy sonrientes, con las manos entrelazadas, casi hechos nudo; *él* tomado del brazo de *ella*, pero tan apretado que casi parece que le quiere hacer *cantarito*: la falda de su *panamá* le acaricia los rizos de su pelo: casi le habla al oído con una voz cadenciosa y dulce!

¡Cuántas veces, al pasar esas parejas á nuestro lado, llevándose tras sí todas las miradas, llenas de dulce envidia, cuántas veces, digo, hemos suspirado, pensando en lo felices que han de ser en su hogar, siempre amándose con ternura, sin que jamás á sus labios asome un reproche ni una frase de odio. . . .

Y sin embargo, caras vemos, corazones no sabemos!

Tengo yo un amigo Ruperto, cuya vida íntima he podido observar, estudiándola en sus detalles más minuciosos.

En la calle, delante de la gente, Ruperto deja atrás á un terrón de azúcar cande, por la dulzura y exquisito cariño con que trata á su mujer.

Una tarde se le ocurrió convidarnos á varios amigos á que fuéramos á *tomar el café* á su casa.

Por supuesto que *tomar el café*, era cosa del todo desusada en casa de Ruperto y por lo mismo el menaje andaba medio-distraído.

—¡Hijita. . . ! Pita, (se llamaba Agapita y por cariño y sólo delante de la gente le decía *Pita*). Ven: te voy á presentar á estos amigos que vienen á tomar café con nosotros.

La pobre *Pita*, convertida en un jitomate, de pura vergüenza, salió luego dizque á disponer el café. Yo más bien creo que iba á *fajarse*, pues las enaguas se le andaban cayendo.

Apareció el café.

En vez de cafetera era una jarra que—¡Dios me perdone!—

pero malicio que era la del aguamanil. Y luego una colección de tazas que parecía un muestrario: desde la porcelana de Sevres, pasando por el barro engretado, hasta la hoja de lata esmaltada!

Y Ruperto, á quien todos teníamos en opinión de un excelente marido, le dijo riéndose:

—Pero mi vida! Mira que tazas has traído! En fin, por ser tú, se te dispensa!

Y la besó en la nuca!

Y la pobre *Pita* volvió á tomar su color de jitomate de pura vergüenza.

A poco resultó que mi taza traía el cadáver de una mosca que flotaba lúgubrementemente sobre la superficie del café.

—Oye *Pita*! Mira, esta taza trae una mosquita; sírvele otra! No te mortifiques, güerita. Ni modo que pensemos que de propósito se la has echado.

La pobre *Pita* callaba y sonreía. Y Ruperto, con un anhelo y cariño enternecedores, le acariciaba la mano.

Acabó el café. Nos llevó á enseñar la casa: el jardín recién regado y lleno de flores; los canarios en sus jaulas nuevecitas, cantando alegremente: los pisos como espejos, y en todo y por todo la hacendosidad de su adorada *Pita*.

Todos en silencio envidiábamos aquella dulce felicidad matrimonial.

Al fin nos retiramos.

Y apenas el cariñoso Ruperto se ve solo con la hacendosa *Pita*: cuando se convence de que todos se han ido, la increpa con voz de trueno:

—¡Por Dios Agapa, con un Demonio! Sólo faltó que les sirvieras café en bacinillas. para completar la colección.!

—Pero si no hay más, Ruperto.

—Pero. cabeza de piedra, ¿por qué no le mandaste pedir unas tazas á Severita? Lo que sucede es que eres muy tonta ó muy terca. Para vergüenzas no gano contigo!

—Quién te lo manda, por ser pelado y fachoso. ¿Para qué andas convidando á tomar café, si aquí no se usan más que frijoles!

De aquí sigue un tiroteo de insultos que acaban con recuerdos á la familia.

Y mientras los amigos que tomaron el café van comentando la suprema felicidad de aquellos dos enamorados esposos, éstos se están poniendo de oro y azul!

Por eso cuando veo esas parejas muy juntitas, me ocurre pensar en lo que esconde aquel velo de aparente dicha.



LAS IMPERFECCIONES HUMANAS

Pequeñas observaciones á la obra del Creador.



Desde chiquitos nos han enseñado que dizque Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza y que es por lo mismo, la obra más perfecta de la creación.

Yo lo dudo mucho.

No diré á ustedes que la humanidad es infumable; pero sí creo que es obra de *pacota*, hecha de carrera. Si Dios se hubiera puesto á pensar tantito, habríamos salido menos defectuosos y con menos calamidades de las que hoy tenemos.

No se puede negar tampoco que el Creador fué muy *águila* en ciertos detalles.

Por ejemplo: supongan ustedes que la humanidad no tuviera necesidad de comer para vivir: que se alimentara con aire como los camaleones ó con zacate como los burros.

¡Qué vida más descansada y más perezosa! ¿A quién se le iba á ocurrir meterse en empresas peligrosas, ni acometer trabajos de esos en que se suda la gota gorda y se desloma uno por ganar dinero. ¿Para qué? ¿Qué apuración era esa?

La Humanidad viviría unas veces durmiendo y otras bostezando.

Probablemente Dios vió esto. Y cómo *no es más que uno* para esto de inventar tretas, sencillamente le puso bajo el ombli-go una madeja de tripas llamada estómago, de un soplo hizo el *hambre* y le dijo al hombre:

—Tienes que llenar el estómago tres veces al día si no *ésta* (ahora *el hambre*) te come!

Y ahí tienen ustedes á los hombres inventando cosas: construyendo casas: lidiando en cosos: discutiendo casos: acometiendo empresas: deslomándose en el trabajo: sudando la gota gorda: yendo de aquí para allá. Y todo ¿por qué?

Por este maldito *estómago*, á quien hay que darle de comer tres veces al día y que no admite esperas ni prórrogas de ninguna especie.

El estómago, pues, debería suprimirse para felicidad del género humano, ya que dicen que fué hecho á imagen y semejanza de Dios.

Otro gran defecto de la humanidad, es esto de no morir más que una vez. ¿Qué miedo se le tiene á la muerte, si no se la conoce? Y el día que la conocemos es para ya no volver.

Debía uno resucitar siquiera dos veces. Así, el que estuviera *virgo*, es decir, que no se hubiera muerto ni una vez, díganme ustedes cómo sería de bravo y de voraz sabiendo que lo mataban y se volvía á levantar peor que nuevo.

En tanto que el que llevara ya dos rayas y le faltara sólo una muerte para pelarse *de veras*, cuánto no se cuidaría. Ustedes creen que uno á quien solo le faltara *una raya* se iba á pelear con otro que estuviera *virgo* ó le faltaran dos?

¡De buey!

Y he aquí fácilmente resuelto el problema de la paz entre los hombres.

Pero no sólo esos son los defectos de que la Humanidad adolece.

Como toda maquinaria, debería traer el cuerpo humano sus piezas de refacción. ¡Díganme ustedes de cuánta utilidad sería que ciertos órganos vinieran por duplicado!

Triste y tristísimo es que el que pierde un ojo, un brazo, una pierna, se quede tuerto, manco ó cojo.

Y cuán bueno sería eso de tener, por ejemplo, *tres juegos* de ojos; unos negros, otros verdes, otros azules. Los negros para el trabajo: los verdes para los domingos y los azules para bailes y chorchas.

Y cuán satisfactorio sería eso de que le pasara á uno un eléctrico por una pierna, y, sin alarmarse y con toda sangre fría, hablarle á un cargador y decirle:

—Anda á mi casa y díles que me manden *la otra pierna* que está en mi buró.

Ponerse la nueva, tirar la machacada y listo!

Viene luego la mala colocación de algunos órganos del cuerpo. ¿Qué le costaba, por ejemplo, á Dios, habernos puesto un ojo en la punta del dedo índice de la mano derecha?

¡Que había una apretura: un bolón de gente! Pues levantaba usted su mano y allá arriba, á manera de un faro, iba *el ojo* dándose cuenta de lo que pasaba.

¡Que la bella Fulanita se estaba desvistiendo en su cuarto y había cerrado la puerta! Pues metía usted su dedo con *su ojo*, por el idem de la llave, y no necesitaba asomarse como hoy se usa.

LAS MUJERES Y EL MATRIMONIO

“Dios mío: haz que me enamore de una mujer fea. . . . !”

Esta es la oración que un amigo mío, al acostarse, ya sin camiseta y arrodillado arriba de su cama, eleva noche á noche al Ser Supremo.

Y yo creo firmemente que mi amigo tiene razón. ¿Por qué? Muy sencillo.

Cuando un hombre se enamora de una mujer fea, sin duda que lo habrán cautivado sus hechizos morales, y por lo mismo su amor tiene que ser firme y duradero.

Pero si por el contrario, se enamora de una mujer bonita, embelesado por su belleza—que es más fugaz que la frescura de las flores—díganme ustedes qué decepción más honda el día en que por cualquiera causa, ó bien por la evolución natural del matrimonio, se le ponga con cara de torsón.

Porque hagan ustedes á un lado la cuestión de las viruelas, que las pueden dejar convertidas en *cacahuate*, cuando no con cara de chicharrón oreado.

Prescindan ustedes de las fiebres, que les *tumban* el pelo y les dejan la cabeza de tal manera pelona, que una jícara es una desgraciada.

Pasen ustedes por alto los accidentes, que lo mismo las pueden convertir en cojas que en mancas: en tuertas que en cuchas.

No hagamos caso de nada de eso, y consideremos solamente los efectos naturales de la vida conyugal.

¡Cuántas veces sucede que al concurrir á un matrimonio, al contemplar la salida de los novios, al són de la música de Mendelshon, viendo á la novia bella, delicada y graciosa, no podemos menos de exclamar con un dejo de humana envidia:

—¡Demonio! ¡Qué linda polla se lleva!

Pero cuán ignorantes estamos de lo que les reserva el porvenir.

Aquella figurita endeble y hermosa, no bien ajusta los cinco meses de casada y está convertida en una verdadera campamo-

cha: flaca, narizona, pañosa, huesuda; la mirada que antes era dulce, es ahora mirada de hambre: las manos que fueron suaves y delicadas, ahora parecen *palmetas* y toda ella más bien que mujer bonita, parece meco de palo o bien hormiga de miel.

Y estos pobres maridos que entregan su porvenir y su vida á una mujer, sólo porque es bonita, ¿no pueden llamarse á estafados, á fraudeados, el día en que se les vuelve horrible?

Y lo anterior, es algo más raro, dado que suponemos que sucede á los pocos meses de casados.

Pero lo general, lo ordinario, es á vuelta de la primera criatura. Allí se pone á prueba la naturaleza de la mujer, y allí también es el zarzal donde quedan casi todas las bellezas femininas.

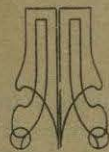
Por eso sucede á menudo que encontramos en la calle una señora que parece un tonel: que necesita grúas para subir las banquetas y que al respirar lanza unos resoplidos como ballena: bigotuda, llena de arrugas, con un estómago que parece que la inflaron. Y las personas contemporáneas suelen decir:

—Mira nomás á Laurita: tan graciosa y tan chula que era de muchacha.

Por el contrario, hay mujeres á quienes el matrimonio vuelve más hermosas, más atractivas, más simpáticas. Sus formas se redondean y su cuerpo toma esa graciosa esbeltez de las mujeres *hechas y derechas*.

¿Cuál es la regla para conocer quienes son aquellas á quienes aprovecha el matrimonio y á quienes funde?

Hay varias reglas que sería largo enumerar. Sólo os diré por ahora, que las *güeras* se marchitan, en tanto que las *morenitas arrifladitas*... esas... ya ustedes me comprenden.



LOS RECIEN CASADOS

Cualquiera cree que los *reciën casados* son seres humanos como la gran mayoría de los que pueblan este infeliz planetilla apellidado *mundo*. Pues no señor: ellos andan en dos piés, comen con la boca, ven con los ojos, etc., etc. Pero no obstante todo eso, si algún espíritu observador los contempla de cerca, se convence de que son totalmente distintos.

Puede sentarse (para que no se canse) como un principio filosófico-matemático, que en los *reciën casados* la vergüenza está en razón inversa del amor.

Es decir, que mientras más se quieren, menos vergüenza tienen.

Y es que, en esa total abstracción del espíritu por la suprema dicha, parece como que se vuelven miopes, y no advierten la sonrisa de burla que despiertan á su paso.

Los *reciën casados* se conocen hasta en *pepián*. Parece que llevan un letrero en la frente, un fulgor en los ojos, algo que los distingue de los demás, y que hace que, al pasar por un jardín, por una calle, se lleven trás de sí las miradas de todos. Las niñas solteronas, dicen suspirando:

—¿Hasta cuándo Dios mio?

Y los viejos casados exclaman con amarga decepción:

—¡Ya se los acordaré más tarde!

Y los muchachos ríen y los apuntan con el dedo; los ancianos los contemplan y mueven sentenciosamente la cabeza.

Pero los *reciën casados* no oyen, ni ven, ni entienden nada: tomados del brazo, hechos nudo, van muy juntos, como si quisieran comérse con los ojos, ó como si quisieran hablarse á besos.

El la lleva tomada del brazo, casi del *arca*, como si tuviera miedo de que se la quitara un gendarme! Ella se reclina blandamente en su hombro: y los dos, al caminar muy unidos y recargados uno contra el otro, se parecen á esos machos mañosos de los carretones (y dispensen la comparación).

En un *restaurant* casi siempre, son el punto de todas las miradas. Una vez me tocó estar junto á una de esas parejas.

Ella era una jovencita rubia y delgada como una espiga de trigo. Sus ojos azules tenían un tinte de dulce cansancio y su vocecita cristalina hablaba como una caricia.

El era un galabardo que usaba juanetes en los piés: los bi-

gotes parecían de alambre, prieto, con piocha y unas manos de león.

Y oí este diálogo:

Decía ella, retirando un plato de tortas de calabaza forradas en huevo:

—Ya no *quielo*....

—*Anene no chea malita!* Despues está quejándose de debilidad! *¿Quiéle que le de en la boquita*....?

¡Yo sí que hubiera querido darle en la *boquita*, al oír á aquel Romeo que parecía gendarme, hablar como un muchachito chiquiado! Pero me aguanté!

Y, allí los tienen ustedes. El, que casi lloraba para obligarla á comer, y ella, que no quería ni tomarse la molestia de mover las quijadas para masticar.

Pero....

¡Oh época hermosa y risueña de la vida! ¡Islote florido en este Chapala de lágrimas! ¡Paréntesis azul en la amarga historia de los sufrimientos humanos! ¡Oh luna de miel, que sueles lucir sólo una noche!

Cuántas veces esos enamorados que darían envidia á las palomas, y que por sus dulzura podrían competir hasta con la miel de cajón, antes de un mes de casados, cuando comienzan á ver la vida tal cual es, él con los mismos labios con que le decía "*ánene no chea malita*", le gruñe después:

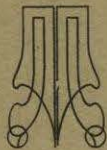
—Tú no eres más que una infeliz....!

Y, ella rascándose la cabeza, y sin poder abrir los ojos porque no se ha lavado la cara, le contesta:

—Pues y tú no eres más que un *muerto de hambre* y maldita sea la hora en que me casé contigo!

Y entre tanto la pobre luna de miel, llorosa y avergonzada, se esconde tras densos nubarrones.....

Y para no lucir más....!



LOS RICOS SIN CUARTILLA

¿No han tropezado ustedes alguna vez con uno de esos individuos que sin ser ricos gastan humos de millonarios, que escupen por un colmillo, que visten como figurines, que se pavonean como unos príncipes y que, á menudo frecuentan, sin saberse cómo han podido lograrlo, los círculos elevados de la sociedad?

Bien está, y es muy digno de aplaudirse y de imitarse, que el hombre á fuerza de trabajo, se eleve sobre los de su clase, y logre llegar hasta las cumbres sociales.

Pero á los individuos que nos ocupan, no los eleva su trabajo, ni sus méritos, sino su vana y tonta petulancia que los hace creerse muy superiores á lo que son.

En las reuniones de pró, en los bailes, en los conciertos, podemos contemplar á éstos *pobres ricos*; con todo el esplendor de su vanidad alhagada, dando el brazo á las señoras, departiendo con las damas ó bromeándose con los señoritos.

Están ellos felices; de cuando en cuando lanzan una mirada al espejo y acarician con los ojos la imagen correcta de su persona, desde el choclo de fino y reluciente charol, hasta el nudo caprichoso de la corbata y la raya blanca del lustroso peinado.

Y soríen en sus adentros, acaso recordando con cierto dejo de satisfacción el ayer de su vida, lleno de pobreza y privaciones, y endulzado ahora con aquellas horas de solaz, en que se olvidan las amarguras de su hogar y las duras exigencias de la familia.

A menudo se oye decir á las personas mayores:

—Me acuerdo de este muchacho cuando trabajaba de mozo en «El Hotel Universal....»

—¿Cómo de mozo?

—De mozo, sí señor. Es hijo de D. Bernabé, que fué sacristán de la Purísima, y su madre, á la fecha, vende billetes de lotería....

—¡Pero cómo así! exclama el otro anonadado....

Y en esos momentos, cruza junto á ellos, bailando, elegantemente, perfumado, deslumbrante, el hijo del pobre sacristán de la Purísima.

¡Quién pudiera seguir, sin ser visto, á uno de esos tipos

elegantes, cuando al terminar una fiesta y despedirse de sus amigos, desfilan silenciosos rumbo á su casa, mascullando tal vez la última felicidad, ó abrumados por la realidad triste y atormentadora que se avecina.

Andan calles y calles: llegan á los barrios sin luz y sin empedrado, en que las casucas pobres y destartaladas parecen asorarse con el paso de aquel caballero tan elegante; sus chocos relucientes de charol, se empolvan en la tierra suelta de aquellas callejuelas abandonadas.

Por fin se detienen frente a una casuca miserable, cuya puerta carcomida y vieja suena con la mano.

Al momento se abre: una pobre vieja, casi andrajosa, encorvada por los años, ha retirado la *tranca* que la cerraba y lo recibe con una mezcla de cariño y respeto: sin atreverse a abrazarlo por temor de ensuciar su traje, y sintiendo acá, en lo íntimo, esa satisfacción de la madre que contempla á su hijo elegante y bello.

El elegante se introduce cuidando de no ensuciarse.

Se desnuda con un cuidado exquisito, doblando con cariño aquel vestido, al que debe tantas felicidades! La vela de sebo arde ahí sobre un cajón vacío de almidón, que funge de buró, iluminando aquella infame pocilga.

Apaga la luz y ahí, en medio de tanta miseria y de tanta pobreza, sueña con sus amigos *los ricos*, á los que habla de tú: con las señoritas elegantes, á quienes habla de amores; con los salones lujosos donde se desliza muellemente.

A la mañana siguiente se despierta para irse al trabajo y su madre le dice:

—Hijo, á ver si me das para comprarme un zarape: mira que van á entrar los fríos.

Y él contesta:

—Sí: nomás que acabe de pagar el traje de etiqueta que mandé hacer para el baile del Club.

¡Un! Por esto, cuando miro á esos elegantes sin fortuna, á esos advenedizos de los salones, no puedo menos que pensar en la infame pocilga donde pasan la vida y en la pobre anciana, triste y encorbada, en la infeliz madre que tiritaba de frío, mientras ellos, elegantes y perfumados, sonríen felices en los salones deslumbrantes!



SERMON CUARESIMAL

La Coquetería

Señoras mías:

Sin duda que en los diez mandamientos de la Ley de Dios, no se encuentra ninguno que diga: "*no coqueteareis*." Lo cual no obsta para que la *coquetería* sea un pecado, cuando no vá dirigida convenientemente.

Creo, señoras mías, que no necesito deciros lo que es *coquetería*, porque ninguna de vosotras ha de ignorarlo: es el arte de embaucar tarugos: es la ciencia de decir "*ámame*" sin necesidad de pronunciar esa palabra y muchas veces sin siquiera despegar los frescos y purpurinos labios!

Los cómplices principales de la *coquetería* son los ojos. Hay entre vosotras, mujeres que hablan más con los negros ojos que con los rojos labios.

Cuando una novia está viendo á su novio y cierra los ojos muchas veces, seguiditas, quiere decir: "*Ven... arrímate más*"

Si entrecierra los ojillos como si estuviera encandilada y al mismo tiempo frunce los labios, significa: "*Estás muy lindo y te quiero mucho*."

Si al estar oyendo un sermón—cosa que sentiría mucho que pasara ahora,—ella le cierra un ojo al novio, es como si le dijera: "*No lo creas, son puras mentiras*."

Por último, si ella frunce el entrecejo y lo mira desde las zuelas de los zapatos hasta la coronilla de la cabeza, quiere decir: "*Quítateme de enfrente. Estoy muy enojada. No quiero ni verte*." Pero si en seguida lo ve con dulzura le quiere decir: "*Anda á la noche para que me contentes!*"

Todo esto lo sabeis vosotras, señoras mías, mucho mejor que yo. Los ojos hablan tanto como los labios y unos y otros no saben decir sino mentiras... dicho sea sin intención de lastimarnos!

Además de los ojos, las sonrisas graciosas, las manos blancas y hasta las pantorrillas más ó menos mórbidas son cómplices muy eficaces de la *coquetería*.

La *coquetería* se divide en dos clases: la *solteril* y la *conyugal*.

Por ahora quiero hablaros de la *coquetería conyugal*, ó sea